**Sábado III de Adviento  
Ciclo C**

****18 de diciembre de 2021

Jr 23, 5-8

Sal 71

Mt 1, 18-24

*P. Eduardo Suanzes, msps*

En la Primera Lectura de Jeremías se nos dice que el esperado, el Mesías, será llamado «*el Señor es nuestra justicia*», haciéndonos ver que en él se manifestará la justicia de Dios.

En la Sagrada Escritura se entiende por ***justicia[[1]](#footnote-1)*** el estado del hombre para el cual ha sido creado; un hombre ***justo*** es, pues, aquel que ha acomodado, que ha transformado su existencia, de tal forma que es lo que debe ser. Todo él está en sintonía con el plan de Dios. En él no hay distorsiones ni colores falsos; todo es auténtico, con denominación de origen. Así, cuando decimos que algo es auténticamente japonés, decimos *is made in Japan,* parafraseando nuestra forma actual de hablar, un hombre es justo cuando es auténtico, es decir, cuando *is made in la Santísima Trinidad*.

En nuestro lenguaje común justicia tiene que ver con el hacer; es decir, decimos que alguien es justo cuando actúa de forma equitativa, por ejemplo, y entonces decimos «este hombre es justo porque ha actuado con justicia». Fíjense que decimos que **es** porque **ha actuado, ha hecho,** justicia. Así, un juez podrá ser un desalmado en su vida privada pero puede actuar con justicia y decimos: «esa persona es justa» (no importa que sea en su interior un pervertido)

En la Biblia, sin embargo, justicia tiene que ver más, en primer término, con el ser, y luego, en segundo término, como consecuencia, con el hacer. Así, una persona que sea un desalmado nunca podrá actuar con justicia: alguien actúa con justicia porque en su interior es justo. Su interior está en sintonía con la voluntad de Dios y la consecuencia es que vive en paz, es feliz, en su vida todo le cuadra, le salen las cuentas. La justicia tiene que ver con la santidad. Un hombre es justo porque ***es lo que está llamado a ser***, es decir, **santo**. Su actuar es coherente con lo que es y, por tanto, es un hombre de paz, de misericordia, de perdón, de equidad...

Esta es la promesa que se nos hace en la primera lectura. Se nos dice que, por fin, Dios hará nacer a su Hijo, que Él será el justo, nuestro modelo, nuestro auténtico ser. Él será el que nos hará auténticos, el que acomodará lo que somos a lo que estamos llamados a ser; Él será el que nos haga «*made in Dios».*

Si nos fijamos bien, en el Evangelio lo que se nos dice de José es que era «*un hombre justo*». ¿Por qué? Porque José tenía la hoguera encendida, estaba atento: por eso le fue anunciada la Palabra de que recibiera a María por esposa, que no dudara.

De los evangelios, solo Lucas y Mateo hablan de la infancia de Jesús. Ni a Marcos ni a Juan le interesan estos episodios. Sin embargo, hay diferencias entre Lucas y Mateo. En Lucas, es María quien recibe directamente el anuncio del ángel –la anunciación-; en Mateo, por el contrario, el destinatario del mensaje angélico es José, como acabamos de oír. En ambos casos, lo que se busca transmitir es exactamente lo mismo: Jesús nace todo de Dios.

Antes de que nazca Jesús en Belén, Mateo declara que llevará el nombre de «*Emmanuel*», que significa «Dios-con-nosotros». Su indicación no deja de ser sorprendente, pues no es el nombre con que Jesús fue conocido, y el evangelista lo sabe muy bien.

En realidad, Mateo está ofreciendo a sus lectores, a nosotros, la clave para acercarnos al relato que nos va a ofrecer de Jesús, viendo en su persona, en sus gestos, en su mensaje y en su vida entera el misterio de Dios compartiendo nuestra vida. Esta fe anima y sostiene a quienes seguimos a Jesús[[2]](#footnote-2). Fijémonos cómo termina el evangelio de Mateo, con estas palabras de Jesús: «*Yo-estoy (soy)-con-vosotros todos los días hasta el final del mundo*» (28,20). Al principio y al final, el mismo nombre, que define la persona y la misión de Jesús entre los suyos: *Emmanuel*. Esto es lo decisivo para Mateo, la certeza sobre la que apoya su fe: han descubierto en Jesús la cercanía completa de Dios[[3]](#footnote-3).

En el anuncio del ángel a José le dice: «*Le pondrás por nombre, Jesús, el Libertador, el que salva al pueblo de sus pecados*».

Libres de nuestros pecados. La pregunta es esta: ¿Estamos libres de nuestros pecados? Se ha interpretado a veces esto de manera simplemente jurídica; es decir: la deuda con Dios que significan nuestros pecados ha sido pagada por Jesucristo. Ahora ya podemos ser perdonados. Esto es tremendamente insuficiente. Es como si Dios cobrase a Jesús. Es como si Jesús fuese el bueno y Dios sólo el justo. Una imagen verdaderamente estrecha.

Libres. Esta palabra nos llena la boca. Esto es lo que define al ser humano: puede elegir; es su grandeza y su riesgo. Desde la filosofía y desde nuestra sensibilidad actual, ser libre es lo más humano, lo más grande que tenemos. El Evangelio sin embargo va más adentro. No somos libres: somos esclavos de nuestros pecados. Nuestros pecados no son actos de desobediencia, sino tendencias, fuerzas, apetitos... Es decir, que nos apetece lo que no nos conviene: ***somos como no queremos ser***, es decir, no justos, en el sentido en el que antes hablábamos. Nuestros pecados nos impiden ser lo que queremos y actuar como queremos. ¿Qué significa esto?. Pues es como si el ángel dijera: «Le pondrás por nombre, Jesús, el Libertador, porque en él el hombre será lo que está llamado a ser».

El Adviento es, pues, la invitación a mantener la hoguera encendida mirando hacia el horizonte, como José: «ahí viene el Justo, el que me moldeará en lo que soy en realidad; el que hará, con mi consentimiento, mi vida coherente, santa, justa: **él es mi justicia**. Él cumplirá su promesa: todo podrá pasar, pero esta palabra suya jamás pasará, nunca dejará de cumplirse».

1. Otra vez la idea que compartí en otras reflexiones… [↑](#footnote-ref-1)
2. Cfr. José Antonio Pagola. *Está con nosotros*. En [www.feadulta.com](http://www.feadulta.com) [↑](#footnote-ref-2)
3. Cfr. Enrique Martínez Lozano. *El sentido teológico del relato*. En [www.feadulta.com](http://www.feadulta.com) [↑](#footnote-ref-3)